

Gastón Fernández: La astilla en la luz (un escritor peruano singular acaba de irse para siempre)

Carlos Calderón Fajardo

Cartas y cuentos inéditos de Gastón Fernández, ese escritor peruano desconocido que sostuvo una singular relación con el autor de esta nota.

¿Quién fue Gastón Fernández Carrera? Es difícil responder a esta pregunta. Nació en el Perú en 1940. Nunca se publicó una fotografía suya. No respondía entrevistas. Se fue hace muchos años a estudiar un posgrado en historia del arte en Lovaina y se quedó para siempre en Bruselas. Profesor de historia del arte en universidades belgas, ensayista, vivió también en la India, cultura de la que era un estudioso sutil. Narrador, sus relatos inéditos la mayoría, llevan todos el mismo críptico título: **Relato aparente**. Vivió lejos del Perú y acaba de morir en Europa.

La primera vez que escuché hablar de él fue a través de Ribeyro que lo mencionaba de vez en cuando describiéndolo como un extraordinario escritor peruano que vivía en Bruselas y que nadie conocía. Parecía un personaje inventado por Julio Ramón; no lo busqué cuando viví en Bélgica en 1977. Estuvimos más de un año viviendo en la misma ciudad y no nos llegamos a conocer. Gastón Fernández no frecuentaba a los peruanos en Bruselas, ni tampoco a los escritores que vivíamos en París. Supe de él a mediados de la década del 80 a través de Armando Rojas. Desde su primera carta me vi conversando con un escritor más fantasmático que yo y eso me causó una gran fascinación. Wolfgang Luchting, el peruanista alemán, en un artículo sobre la narrativa peruana última publicado en Estados Unidos en el 70 se había referido a mí como un «escritor fantasma». Así, con Gastón iniciamos una correspondencia entre fantasmas. Nos escribimos durante un buen tiempo cartas que giraban principalmente en torno a tres temas: la decadencia de la cultura occidental, el Perú y lo que significaba ser peruano, y la narrativa como arte y oficio. Lo dicho en esas cartas se puede mezclar, barajar, y el resultado será siempre el mismo: ambos éramos dos fantasmas en cuanto a nuestra identidad y nuestro oficio de escritores. De repente dejamos de escribirnos. No recuerdo quién interrumpió la correspondencia. No sabía cómo era su cara. Nunca lo vi. No sabía nada de su vida privada. Acaba de morir dejándome en la más absoluta perplejidad. La condición de fantasma vivo adquiere para mí con su muerte una extraña connotación. La idea de que un fantasma puede no dejar ya nunca de serlo. Ya no está y su desaparición la siento como un gran vacío. Sólo me queda de él, un puñado de sus relatos y el miedo de que el resto de su obra se vaya a perder.

¿Cómo escribía? No le interesaban las sagas interminables, los libros voluminosos. Sus relatos-textos cortísimos- son lúdicos, extraños, ambiguos. Si todo relato es una sucesión de hechos en el tiempo, en los textos de Gastón Fernández esto es sólo aparente (esta es una hipótesis

explicativa del extraño título siempre repetido), la idea de lo aparente es una clave para entrar a un universo narrativo muy original.

Gastón Fernández parece querer decir en cada uno de sus relatos (y en sus cartas) que a él no le provocaba escribir a la manera del siglo XIX peruano que es nuestro siglo XX.

Yo llegué a pensar que uniendo todos los **Relatos aparentes** se podía **formar** una novela. El mismo Gastón Fernández lo niega (ver carta). Su estética parece enunciarla él mismo (**Relato aparente XXI**): «**De pronto la palabra trampea delante de la realidad y el ojo ve lo que el cuerpo ignora. Lo que significa en buenos términos que el cuerpo sabe lo que el ojo cree ver**».

Lo mismo pretende Martín Adán en **La Casa de Cartón**: mirar. Entre **La Casa de Cartón** y **Relato aparente**, se desarrolla una tradición, se inicia y se cierra un círculo. Continuando esa tradición Bellatin y Thays han abierto una nueva etapa de la narrativa peruana.

En Gastón Fernández (como en Bellatin) no hay sentimentalismos de ningún tipo. Hay prescindencia de lo lírico. La realidad se presenta en forma concentrada, reemplazando la extensión por la intensión. La prosa de Gastón Fernández deja de ser una prosa de representación para ser una de conocimiento, gnoseológica (tratando de trasladar los problemas de la filosofía a la expresión literaria). Los personajes están vistos desde afuera. El narrador es un observador frío de movimientos. Sabe que el lenguaje no puede «copiar» la realidad, entonces intenta reproducir su ritmo. El tema es débil, apenas si se le vislumbra. Sin embargo las «texturas» de Gastón Fernández poseen una gran densidad y complejidad. El relato aparente esconde el verdadero relato (esta es otra hipótesis acerca del título emblemático).

Gastón Fernández, este extraordinario escritor casi secreto acaba de morir en el mismo misterio en que vivió. Su muerte motiva reflexiones sobre la valoración literaria en el Perú. ¿Qué de lo que se escribe es trascendente, lo verdaderamente valioso en nuestra literatura contemporánea? Gastón Fernández no figura en los sondeos sobre cuento y novela realizados por la revista **Debate**. Cinco veces rechazado por los editores, de trabajador de Monterrey en Lima a profesor de historia del arte en Bruselas, Gastón Fernández no aparece ni siquiera en la reciente panorámica de la generación del 70 hecha por José Antonio Bravo (ver **Documenta** Nro.4 Dic.1995).

Relato aparente debe publicarse en su integridad; los 26 relatos de esa «casi novela» (ver carta). El manuscrito no debe perderse y es responsabilidad de sus familiares que esto no suceda. El editor que acometa el reto de publicar este libro, estoy seguro que contribuirá

invalorablemente a hacer conocida una obra que no debe dejar un hueco fantasmático en nuestra literatura, sino existir para devolverle la vida a un autor cuya vida entregada a la literatura fue un ejemplo de gran honestidad con su arte y su oficio.

Correspondencia

Bruselas, 12.12.84

Estimado Carlos:

Mil gracias por su carta, y no se preocupe en lo más mínimo por la demora, yo tenía confianza en ella. Y muchas gracias también por el ánimo que me da, por esa buena impresión, tan justa, que tiene de mis textos. No, no es una novela alrededor de Montesinos. Este es el personaje de sólo dos relatos, muy bien localizados en un tiempo pasado ya, circunstanciales. Un juego con la memoria. El título confunde. A algunos molesta... Todos mis relatos llevan el mismo título, por varias razones. La primera, no soporto los títulos. La segunda, «Relato aparente» es un antitítulo: dice, y borra lo que dice. ¡A mí me divierte mucho! Tercero, no me desagrada la idea de fastidiar al lector ni al escoliasta. Que aprendan entonces los cuentos de memoria, si quieren diferenciarlos. ¡Eso también me divierte!

Para ser serios: tengo 26 relatos aparentes. Van de 1 página hasta 120 (casi una novela. Es tan **mía** que tardará mucho en ser publicada. Nadie se arriesga a hacerlo. Me ha sido devuelta ya 5 veces...Paciencia). Me halaga mucho saber que esos textos son leídos y apreciados por lectores como usted. A ellos me dirijo, eso me basta, y estoy feliz de poder entablar amistad con usted, por intermedio de nuestro Armando. Confieso que me agrada ese tipo de amistad que viene de lejos.

Qué pena que no pudimos vernos en el 77-78. Sin embargo, yo creo en el azar, sobre todo en aquel que nos hace malas pasadas. Nos veremos pronto, en el 86, cuando vaya a Lima (estuve 2 meses en el 82; en ese entonces Armando no me había hablado de usted, y no vi sino a Ricardo Silva Santisteban y a David Sobrevilla, a quienes también conocí a través de Armando. En verdad, yo rehuyo los círculos y los cenáculos, aun a riesgo de pasar por malcriado. Hay una profunda conciencia en mí de la vanidad de todas las cosas, y no me permitiré jamás jugar al artista).

Despeñadero. ¡Qué bien dicho! Es eso, en verdad. En realidad todos mis textos cuentan la misma historia: el mundo visto a través de una pantalla; y la paradoja constante: la realidad existe pero no hay nada. Ese es el tema, catastrófico, del arte de hoy. Yo lo critico mucho, en mis ensayos, porque es una evolución del arte **visual**; lo que no sucede con la literatura. El «pintor» ya está fregado. Todavía no el poeta, ni el músico.

Sí, Carlos, envíele el texto a Luchting, a quien conozco de nombre. Me dará mucho gusto. Yo quisiera que mis textos sean conocidos para que **se sepa** que hay un castellano diferente. Reclamo ese derecho para el idioma; no para mí. Francamente, yo sólo me siento un intermediario (...)

Un fuerte abrazo, Carlos, y hasta la próxima.

Gastón.

Bruselas, 11 de junio del 85

Estimado Carlos:

Me dio mucha pena saber la tristeza que tiene usted viviendo en Lima. Yo tenía veinte años cuando sentí los primeros empujes de la mediocridad, y no me daba cuenta perfectamente (todavía no tenía buena conciencia del mundo) de la tragedia que eso podía ser. Luego, entre los 26 y los 29 años, con los ojos más abiertos, trabajé en **MONTERREY**, vilmente explotado por esos suizos. Pero en la época no escribía, y tenía mucha menos angustia interior. No capté entonces tampoco totalmente el horror de esa situación. Algo me protegía siempre. Ahora, es otro tipo de coyuntura. Necesitaría muchas hojas para contarle la mediocridad europea, la degeneración de una civilización, la vulgaridad de una sociedad humana. Quedan rastros, vestigios. Pero eso es justamente lo que pasa: personalmente me siento un superviviente en medio de ruinas. Pocos, en América Latina, podrían creerlo. Probablemente nadie. Europa sigue siendo un ejemplo. No sé qué dicen al respecto Vargas Llosa u otros. Quizás no se atreverán jamás a acusarla, teniendo en cuenta su buena educación, o simplemente la estrategia diplomática. Aquí en Europa, por otro lado, pocos lo saben, o **pocos** lo admiten. Se vive como si no sucediera nada, y cuando, en ocasiones, saco a relucir uno que otro argumento acerca de la situación general (sociedad, civismo, arte, etc.) me miran sorprendidos. Se dijera que no conocen su propia historia **actual**. (Los jóvenes en los colegios ya no conocen la antigua).

Pero me siento bien aquí, debido a la investigación que llevo a cabo, mis proyectos, mis lecturas, mi retiro. Mi confianza en mí mismo. Mi hada protectora continúa allí. De otro modo no sabría qué hacer. Para mí, la historia occidental se terminó. Se inaugura otra, **distinta**. Todo deberá cambiar de nombre en aras de una simple **función** (...)

Para volver al asunto del Occidente, de Europa, diré que un buen amigo en Lima editará por

su propia cuenta ... y riesgo, un libro que escribí sobre la India. El proyecta sacarlo para Fiestas Patrias. Ojalá que la empresa salga bien. Allí doy palo a este Occidente desalmado y mezquino; así como doy palo a todo su comportamiento, abstracto y mecánico, en mi ensayo sobre la fotografía, que saldrá pronto en París (en francés). Pero eso aquí (ni allá) no gusta. Se vive con un sentimiento de terror que vuelve a la gente agresiva, y sin recursos de ningún tipo. Yo tengo la impresión de que aquí la «cultura» funciona, y muy bien, pero sin capacidad transformadora. Forma parte del sistema de consumo, y se vende bien. Pero se evacúa rápido. ¿Quién sabe esto en las capitales de América del Sur? Hay que vivir aquí para saberlo. Me gustaría saber, justamente, si hay alguien que lo dice, que interroga, que revela, que explica. Hay un capítulo en mi libro sobre la India, acerca del arte. Los artistas de Lima, si lo leen, se rasgarán las vestiduras, pues allí explico cómo el arte en Europa ya se terminó (y por consiguiente **todo** el arte occidental). Es una estrella muerta, pero que sigue, naturalmente, alumbrando.

Aquí lo dejo. Un fuerte abrazo, y ánimo, querido Carlos. Hay que seguir perteneciéndose.

Gastón.

RELATO APARENTE

(XXI)

Mi hermana viene, diez años luego. Llegará en tren, casi flotando en la ligereza de un silbido familiar. Su llegada es sólo la inminencia de un día en que el horario es estricto: un día que se estira como una jornada. Así es. De pronto la palabra trampea delante de la realidad, y el ojo ve lo que el cuerpo ignora. Lo que significa en buenos términos que el cuerpo sabe lo que el ojo cree ver. Y el día dura. Me digo: mi hermana va a llegar. El acontecimiento, perezoso en sí, se torna tiempo, un despertar. Lo paradójico es bruscamente que la llegada, que debía ser realmente espera cuando el tiempo era largo, se transforma en suspenso en el momento menos pensado y más próximo, innecesario ya. Lo que hará que la llegada será de improviso una aparición. Pero la aparición ya no es una verdadera llegada; es, o una irrupción violenta, o un silencio; un silencio epifánico. Un prematuro, advenedizo, rebelde a ruidos humanos, y que justamente sabe del tiempo, de eso que sólo una jornada es capaz de ocupar. Mi hermana no viene, me he dicho. No va a llegar. No llegará, me dije. El día era un día claro de verano. Recuerdo que ese instante que fue la catástrofe de ver una banalidad convertida en prácticamente una situación absoluta, me aventó a la luz. Un vacío infinito y una euforia loca, saturada. Entre la presencia física virtual de mi hermana y yo quedó la idea de una llegada, de alguna existencia. Una astilla en la luz. Mi hermana fue efectivamente violada y muerta poco antes de llegar.

Bruselas, invierno 1985.

RELATO APARENTE

(XIX)

Los transportes públicos modernos tienen la ventaja de tener ventanas. Tienen asimismo la ventaja de ser públicos, es decir, de permitir el ingreso a una cantidad de gente suficiente como para observar sin ser visto, de observar a mucha gente al mismo tiempo, y de poder colocar luego la mirada en cualquier sitio después de mirar, perderla en un anonimato público, providencial. La pareja que se despedía en esa apretadera se separó. El la besó, dejándola en el sitio que ella mantuvo, alejada de la puerta donde yo estaba, y de un campo de visión desde el cual yo podía dominar el exterior. Esa es otra de las ventajas de los tramways: poder viajar parado y ver, desde atalayas, puntos de vistas particulares. El joven se hizo con dificultad un camino, me pidió permiso para bajar. La joven sonreía. Yo había visto el beso -un contacto- y

el inicio de la sonrisa de la joven, murmullo que continuaba en su rostro cuando el joven, habiéndose separado de ella, estaba ya a mi lado, recobrando un instante después la calle. La puerta del tramway que reanudó la marcha se cerró, yo seguí al joven con la mirada viéndolo tropezar. La joven sonreía. Mi posición oblicua y próxima a la ventana, y mi posición con respecto a la joven, imposibilitada de ocupar mi sitio, me permitieron ver prácticamente al mismo tiempo la felicidad de una cara y el tropezón de alguien afuera, que pareció desvanecerse bajo la ventana, sin ruido a la altura de la rueda. La joven miraba al centro de su propia multitud, ella sonreía siempre, en el espacio de un recuerdo presente intacto, instantáneo en la medida en que todo ello no parecía durar, nadie veía nada, una sonrisa, un beso, yo. Por la ventana vi una pierna aparecer hacia arriba y desaparecer, como una rúbrica. La sonrisa de la joven a mi derecha me recordaba una impresión que, a mi izquierda, y atravesando el silencio público, yo veía de repente ampliada y muda: un barullo espectacular, una visión privada y solitaria, un cataclismo funcional. Un joven moría atropellado. La sonrisa de la mujer a mi derecha era un monumento de mujer, en la que la belleza anónima de una hembra pública fue tan vertiginosa como una obra de arte. Recuerdo que dudé, antes de identificar mi propio sitio, entre un rastro que vi en ese momento, la huella de una sonrisa, y una sonrisa hollada por una boca muerta. La joven reía, casi.

Bruselas, invierno 1985